



Orden de Agustinos Recoletos

**Comisión
del proceso de
revitalización
y reestructuración
de la Orden**

Documento 2

**Roma
Septiembre de 2011**

La revitalización y la reestructuración a la luz de la Palabra de Dios

***“En ti está la fuente de la vida,
y en tu luz vemos la luz”
(Sal 36, 10)***

Documento 2

Contenido:

1. Introducción
2. La Vida que viene de la Palabra
3. Sacar de las reservas lo nuevo y lo viejo (cf *Mt* 13, 52)
4. “También nosotros llevemos una vida nueva” (*Rm* 6, 4)
5. “Yo soy la vid, ustedes los sarmientos” (*Jn* 15, 5)
 - 5.1. Un nuevo contexto
 - 5.2. “Yo soy la vid verdadera”
 - 5.3. “Mi Padre es el viñador”
 - 5.4. “Vosotros, los sarmientos”
 - 5.5. La obra del Padre como viñador: la poda y la limpieza
 - 5.6. Los primeros grandes frutos
 - 5.6.1. El primer gran fruto: la oración eficaz
 - 5.6.2. El segundo gran fruto: el glorificante testimonio
 - 5.7. “Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes” (*Jn* 15, 4)
 - 5.7.1. “Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor” (*Jn* 15, 9)
 - 5.8. “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos” (*Jn* 15, 13)
 - 5.8.1. Una comunidad de “amigos” de Jesús
 - 5.8.2. Una comunidad de “enviados” de Jesús
6. Conclusión
7. Para la reflexión personal y comunitaria

*En ti está la fuente de la vida,
y en tu luz vemos la luz (Sal 36, 10)*¹

La revitalización y la reestructuración a la luz de la Palabra de Dios²

1. Introducción

Decía el Papa Benedicto XVI a los superiores y superioras generales: “La renovación profunda de la vida consagrada parte de la centralidad de la Palabra de Dios, y más concretamente del Evangelio, regla suprema para todos vosotros, como afirma el concilio Vaticano II en el Decreto *Perfectae Caritatis*³, y como bien comprendieron vuestros fundadores: la vida consagrada es una planta con muchas ramas que hunde sus raíces en el Evangelio. Lo demuestra la historia de vuestros institutos, en los cuales la firme voluntad de vivir el mensaje de Cristo y de configurar la propia vida a éste, ha sido y sigue siendo el criterio fundamental del discernimiento vocacional y de vuestro discernimiento personal y comunitario. El Evangelio vivido diariamente es el elemento que da atractivo y belleza a la vida consagrada y os presenta ante el mundo como una alternativa fiable. Esto necesita la sociedad actual, esto espera de vosotros la Iglesia: ser Evangelio vivo”⁴.

La vida consagrada se convierte así en “exégesis viviente de la Palabra de Dios” ya que ésta nace de la escucha de esa Palabra y acoge el Evangelio como norma de vida. De la misma Palabra ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada regla, dando origen a itinerarios de vida cristiana marcados por la radicalidad evangélica⁵.

¹ En las citas bíblicas de este documento, usaremos la traducción española de la Sagrada Escritura que se encuentra en la página Web del Vaticano:
http://www.vatican.va/archive/ESL0506/_INDEX.HTM.

² La Comisión del proceso de revitalización y reestructuración de la Orden de Agustinos Recoletos ha encargado a Fr. Carlos María Domínguez y Fr. Luciano Audisio la redacción de este documento y lo propone a todos los religiosos de la Orden para su reflexión personal y comunitaria.

³ Cf. *PC* 2.

⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes de la Asamblea General de la Unión de Superiores Generales (USG) y de la Unión Internacional de Superioras Generales (UISG)*, Vaticano, 26 de noviembre de 2010, AAS 103 (2010) 909-910.

⁵ Cf. BENEDICTO XVI, *Exhortación Apostólica postsinodal “Verbum Domini” sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia* n. 83, Vaticano, 30 de septiembre de 2010, AAS 102 (2010) 754.

Como antorcha para el sendero y luz en el caminar (cf. *Sal* 119, 105), la Palabra de Dios ha sido norma constante de vida en aquellos que buscaban sinceramente a Dios. Primero vino la Palabra; después la regla de vida. Primero fue la inspiración; después las normas que regulaban la existencia de la comunidad. Primero fue el Espíritu que hablaba; después la organización en fidelidad a ese mismo Espíritu. Así pasó con san Agustín quien, enamorado por el dardo de la Palabra⁶, basó todos sus escritos en la Sagrada Escritura y de ella bebió la nueva forma de vida que ha dejado a la Iglesia. Así sucedió con aquellos que, impulsados por el Espíritu y para no oponerse a Él, iniciaron los caminos de la Recolección agustiniana, plasmados en la *Forma de Vivir*.

La Palabra de Dios nos abre los ojos para contemplar la realidad de cada día, de manera que ésta pueda ser vista como el Señor la ve y la quiere: “*Porque los pensamientos de ustedes no son los míos, ni los caminos de ustedes son mis caminos – oráculo del Señor–*” (*Is* 55, 8)⁷. Sólo Él es la luz que alumbró a quien llega a este mundo (cf. *Jn* 1, 9). Él tiene potestad para transformar la vida de las personas: basta que diga una sola palabra y todo cambiará (cf. *Mt* 8, 8). Asegura el gozo y la alegría: “*Felices más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la practican*” (*Lc* 10, 28). Es garantía de salvación: “*...Para que todos los que creen en él tengan Vida eterna.*” (*Jn* 3, 15).

En esta escucha de la Palabra de Dios, que ha de ser ejercicio permanente en la vida consagrada, se aprende la más importante e imprescindible de las lecciones: conocer, con la luz del Espíritu, la Palabra viva que es Jesucristo, como garantía de nuestra consagración a Dios. En el identificarse con la Palabra consiste, ni más ni menos, el seguimiento de Cristo. La centralidad de la Palabra de Dios supone contemplar la Palabra en una conducta obediente, casta y pobre; vivir en comunidad fraterna; llevar la Palabra en misión apostólica y profética; y guardar la Palabra a ejemplo de María.

La persona consagrada es la que escudriña apasionadamente la Palabra. En ella encuentra luz y fortaleza, sabiduría y quietud espiritual, razón de su vida y aspiración constante hacia un amor cada vez más encendido.

La Escritura es fuente de oración, guía en el conocimiento y la alabanza⁸. Permeable a ella y empapado por ella, el consagrado contempla y vive, se mete en el corazón de Dios y lleva consigo, a ese lugar de ardiente reposo, el amor de sus hermanos.

⁶ Cf. SAN AGUSTÍN, *Conf.* 10, 6, 8 PL 32, 782.

⁷ San Agustín nos invita en la *Ep* 130, 2, 5 a que aprendamos “a tener el ojo de la fe vuelto a las palabras de las santas y divinas Escrituras”. PL 33, 495.

⁸ Cf. *Constituciones OAR* 76: “A imitación de san Agustín, tomen «en sus manos todos los días las sagradas Escrituras», de modo que la lectura de la palabra divina constituya la principal fuente de piedad y el alimento de la oración”.

La Palabra de Dios conduce hasta la comunidad y hace vivir la comunión entre todos aquellos que escuchan la voz del mismo Espíritu⁹.

Quien se ha consagrado incondicionalmente a Dios, no desea sino conocer y esconderse en la profundidad y anchura de ese amor del mismo Cristo, que supera cualquier conocimiento y lleva hasta la total plenitud de Dios (Cf. *Ef* 3, 17-19). Mientras va conociendo y gustando la Escritura, resplandece la manifestación de Cristo y el deseo de amarle se hace más ardiente. Abrir la Escritura es encontrar a Cristo.

La persona consagrada sabe muy bien que la Palabra es vivencia personal en el gozo de la fe, pero también fuerza imperiosa que quema con el deseo de ser elegido y enviado para trabajar en la viña del Señor y anunciar el Reino de Dios. Este no es un itinerario formalista sino la consecuencia inevitable del amor conocido y vivido en Dios. La Palabra lleva y anuncia la Palabra.

2. La Vida que viene de la Palabra

El proceso de revitalización se hace presente a la largo de toda la Escritura. En ella, se nos narra la experiencia del pueblo de Israel, en donde encontramos situaciones de muerte y destrucción; momentos terribles en los que la esperanza parecía terminada y donde todo estaba en ruinas. Pero la lectura de su historia a la luz de los prodigios realizados por Dios, hacía renacer a los israelitas; los hacía ver de nuevo la luz de una esperanza que estaba cercana a ellos, y que era Dios.

Como el pueblo de Israel, nosotros deberíamos acercarnos a la Palabra de Dios y dejarnos inundar por la esperanza. En ella encontraremos aliento y coraje para seguir adelante.

Como agustinos recoletos también podemos hacer a una lectura de nuestra historia con la mirada de Dios y con la luz de su Palabra. A lo largo de toda nuestra historia, la presencia reconfortante de la Palabra ha sido el centro de nuestra Recolección. Si nuestra especial vocación como agustinos recoletos es la continua conversación con Cristo¹⁰, es entrar en el silencio de nuestro corazón y escuchar a Dios que nos habla en el murmullo de lo cotidiano, por definición deberíamos convertirnos en oyentes de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios debe ser objeto de confrontación para un discernimiento personal y comunitario en vista de la evangelización. El acercarnos con actitud de discípulo a la Palabra nos invita a traducir en testimonio lo que la Palabra indica, dejándonos plasmar por ella que, como semilla caída en terreno bueno, da frutos abundantes.

⁹ Cf. XII^o ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS SOBRE LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA Y LA MISIÓN DE LA IGLESIA, *Instrumentum Laboris* n. 52: “En particular, las personas consagradas han de valorizar la evaluación de la vida comunitaria a la luz de la Palabra de Dios, que llevará a la comunión fraterna, al gozoso compartir de las experiencias de Dios en sus vidas y facilitará el crecimiento en la vida espiritual”.

¹⁰ Cf. *Constituciones OAR* 11.

3. Sacar de las reservas lo nuevo y lo viejo (cf Mt 13, 52)

El proceso de revitalización lo podemos vislumbrar en el pasaje de *Mt 13, 52*: «Todo escriba convertido en discípulo del Reino de los Cielos se parece a un dueño de casa que saca de sus reservas lo nuevo y lo viejo».

Es una definición bellísima de aquel que interpreta las Escrituras. Revitalizarnos nos tiene que llevar, necesariamente a reinterpretarnos; reinterpretar nuestra historia poniéndola a tono con los tiempos que corren, pero teniendo en cuenta los tesoros que ella contiene y de los cuales nos alimentamos. Nuestra historia y nuestro presente son el lugar del que nosotros debemos extraer “cosas nuevas” y “cosas viejas”. Será desde la savia original de la Orden desde donde debemos partir para reinterpretarnos.

Pero vayamos al pasaje bíblico para extraer su enseñanza. Jesús termina de pronunciar el largo discurso parábólico y añade una última parábola. En ésta ya no habla de una comparación con el Reino de los Cielos, sino con uno que se ha hecho discípulo del Reino. Si examinamos esta expresión en las parábolas anteriores, podríamos afirmar que discípulo del Reino es:

- quien ha dejado que la semilla de la Palabra de Dios caiga en su vida como en un terreno fértil y produce el ciento, el sesenta o el treinta por uno.
- quien, creciendo junto a la cizaña, se ha mantenido como buen trigo que al final es llevado a los graneros del Reino.
- quien, dejando que en su corazón crezca la Palabra de Dios, se ha hecho árbol frondoso capaz de ser casa para otros.
- quien, como buena levadura, es capaz de fermentar la masa del pueblo donde se encuentra.
- quien se desprende con alegría de todo lo que tiene para adquirir el verdadero tesoro y la perla fina.
- quien obra así es como el pescado bueno, que luego será escogido y metido en la cesta.

Aquel que se ha convertido en discípulo del Reino no sólo saca “cosas nuevas” rechazando lo que de alguna forma podría llamar “viejo”, sino que es aquel que sabe delicadamente armar el equilibrio de aprovechar todo sin aferrarse ni a las tradiciones antiguas ni a las novedades del momento. Sabe que todo puede servir para hacerse discípulo del Reino. Saber sacar de las reservas lo “nuevo” y lo “viejo” es saber transmitir y vivir lo bueno de nuestra historia, dándole actualidad y adaptándolo a los tiempos nuevos.

Revitalizarse no es descartar lo viejo y lanzarse temerariamente a la novedad. No siempre la novedad trae consigo vida. Es saber vivir ese sano equilibrio entre la historia, nuestro presente y la esperanzadora proyección al futuro.

Lo primero que resalta del texto es la importancia de ser discípulo. Sin el discipulado, sin el seguimiento de Jesús a la luz de su Palabra y de la novedad del Reino, nuestra vida, indefectiblemente, va a caer en lo cotidiano. Será sólo sacar del arcón las cosas viejas, será vivir del pasado, que no es lo mismo que vivir de la historia. Lo primero nos llevaría a entender la revitalización y la estructuración como un simple

“volver a lo original”, revivir lo antiguo. En cambio, lo segundo nos llevará a asumir nuestra historia, nuestra realidad; aquello que somos para, desde ahí, hacer historia nuestro presente, en el día a día de nuestra vida, en la comunidad que nos toca vivir. El hacernos discípulos del Reino, interpelados por la Palabra de Dios, es saber que nunca estamos solos; que muchos ya nos han precedido y nos han dejado una herencia. Vivir la Palabra a la luz de la tradición agustiniana y recoleta es sacar de lo antiguo cosas nuevas que nos iluminen, que llenen de sentido nuestras vidas, nuestras comunidades y nuestros ministerios.

Es la misma Palabra la que nos llama a revitalizarnos cada vez que, con un corazón de discípulo, nos abrimos a la novedad siempre antigua y siempre nueva de la Palabra hecha carne y hecha vida en cada uno de nosotros. Ésta se hace novedad cuando nos dejamos actualizar y revigorizar por ella. Nuestra vida se renueva, nuestra voz se hace transmisora de esa Palabra que puso su morada entre nosotros (cf. *Jn* 1, 14).

4. “También nosotros llevemos una vida nueva” (Rm 6, 4)

Este llamado categórico que Pablo hacía a los cristianos de Roma, se extiende también a nosotros, los agustinos recoletos. Es imposible que la Palabra de Dios penetre hasta lo más profundo de nuestra vida revitalizándonos, si no hay por parte nuestra un deseo de renovarnos y de convertirnos en discípulos del Reino. Tomar conciencia de la necesidad de renovación es el punto de partida de todo proyecto de reestructuración. No nos hemos de renovar como consecuencia de la reestructuración. Nos reestructuraremos bien, si, interpelados por la Palabra de Dios, nos renovamos primero espiritualmente.

El mismo Apóstol no sólo nos dice qué es lo que tenemos que hacer, sino cómo lo tenemos que hacer: *“No tomen como modelo a este mundo. Por el contrario, transfórmense interiormente renovando su mentalidad, a fin de que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto”* (Rm 12, 2).

La renovación de la mente no consiste en cambiar mi esquema de pensamiento y mis criterios por otros distintos que seguirán siendo míos. Consiste rotundamente en cambiar mi pensar por el pensar de Dios. Es entrar en el juicio de Dios para juzgar las cosas como Él las ve.

Es imposible que nos hagamos dóciles al Espíritu si no hay en nosotros un cambio de mentalidad, si no comenzamos a vivir aquello que Dios nos pide, a hacer su voluntad que es buena, agradable y perfecta. Es preciso, por tanto, renunciar a la vida que llevamos, despojándonos del hombre viejo (cf. *Ef*, 4,22). El hombre viejo es el hombre que está metido en estructuras que no dejan lugar a la libertad y que son engañosas para su desarrollo en la sociedad. Es la Palabra de Dios la que nos llama a renovarnos desde dentro, desde el interior de nuestro corazón, de nuestra historia y de nuestras estructuras.

El agustino recoleto se debe renovar en la novedad antigua y nueva de Cristo, en esa Belleza que es la fuente de las bellezas de este mundo. Y esta renovación implica un proceso: *“Por lo tanto, hagan morir en sus miembros todo lo que es terrenal (...) es necesario que acaben con la ira, el rencor, la maldad, las injurias y las conversaciones*

groseras. Tampoco se engañen los unos a los otros. Porque ustedes se despojaron del hombre viejo y de sus obras y se vistieron del hombre nuevo, aquel que avanza hacia el conocimiento perfecto, renovándose constantemente según la imagen de su Creador” (Col 3, 5. 8-10).

La revitalización es hacer morir al hombre viejo en cada uno de nosotros para que nuestro hombre nuevo florezca en el servicio a los hermanos; para que cada día sea una novedad a vivir, un motivo de alabanza y celebración por la vocación que hemos recibido gratuitamente de Dios. Somos imagen de Dios y esa imagen, a menudo, la hemos desfigurado y hasta corrompido. Por eso, es necesario volver a entrar en nosotros mismos y descubrir en nuestro corazón y en el corazón de la Orden la verdad de lo que somos y a lo que nos llama el Señor.

“En virtud de la gracia que me fue dada, le digo a cada uno de ustedes: no se estimen más de lo que conviene; pero tengan por ustedes una estima razonable, según la medida de la fe que Dios repartió a cada uno. Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros con diversas funciones, también todos nosotros formamos un solo Cuerpo en Cristo, y en lo que respecta a cada uno, somos miembros los unos de los otros. Conforme a la gracia que Dios nos ha dado, todos tenemos aptitudes diferentes. El que tiene el don de la profecía, que lo ejerza según la medida de la fe. El que tiene el don del ministerio, que sirva. El que tiene el don de enseñar, que enseñe. El que tiene el don de exhortación, que exhorte. El que comparte sus bienes, que dé con sencillez. El que preside la comunidad, que lo haga con solicitud. El que practica misericordia, que lo haga con alegría. Amen con sinceridad. Tengan horror al mal y pasión por el bien. Ámense cordialmente con amor fraterno, estimando a los otros como más dignos.

Con solicitud incansable y fervor de espíritu, sirvan al Señor. Alégrese en la esperanza, sean pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración. Consideren como propias las necesidades de los santos y practiquen generosamente la hospitalidad. Bendigan a los que los persiguen, bendigan y no maldigan nunca. Alégrese con los que están alegres, y lloren con los que lloran. Vivan en armonía unos con otros, no quieran sobresalir, pónganse a la altura de los más humildes. No presuman de sabios. No devuelvan a nadie mal por mal. Procuren hacer el bien delante de todos los hombres. En cuanto dependa de ustedes, traten de vivir en paz con todos” (Rm 12, 3-8).

Todos estos consejos y exhortaciones están dirigidos a personas que habían recibido dones maravillosos pero que, por razones de cansancio y desánimo, olvidaron transformarse día a día. El “hombre viejo” los había hecho creerse superiores a los demás por los dones recibidos, y estaban orgullosos de sí mismos más que de Aquel que los había colmado de bienes. Lo que Dios les había confiado para los demás, ellos lo usaron para su propio beneficio.

Renovarnos, revitalizarnos, reestructurarnos debe ser, por tanto, el resultado de una conversión de la mente hacia Dios. Es darnos cuenta que hemos recibido muchos dones preciosos, en particular, el don de la vida y el de la vocación consagrada. Es tiempo de vivir esos dones para los demás. Es tiempo de actualizar nuestra llamada,

dando lugar a Dios para que haga su obra en nosotros: «*El tiempo se ha cumplido: el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la Buena Noticia*» (Mc 1, 15).

5. “Yo soy la vid, ustedes los sarmientos” (Jn 15, 5)

Iluminar con textos de la Palabra de Dios el proceso de revitalización y de reestructuración que hemos comenzado en nuestra Orden, sería un trabajo que excede los límites de este documento. Por eso hemos querido centrarnos en un solo texto que nos servirá como icono en este proceso, ya que pensamos que contiene los elementos constitutivos de todo proceso de revitalización y reestructuración: “permanecer”, “podar”, “dar fruto”. Para ello proponemos el icono de la Vid Verdadera del capítulo 15 del Evangelio de Juan.

Leamos con actitud orante el texto de la Palabra de Dios¹¹:

*«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador.
 Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta,
 y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto.
 Vosotros estáis ya limpios gracias a la palabra que os he dicho.
 Permaneced en mí, como yo en vosotros.
 Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo,
 si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí.
 Yo soy la vid; vosotros los sarmientos.
 El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto;
 porque separados de mí no podéis hacer nada.
 Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento,
 y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden.
 Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros,
 pedid lo que queráis y lo conseguiréis.
 La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto,
 y seáis mis discípulos.
 Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros;
 permaneced en mi amor.
 Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor,
 como yo he guardado los mandamientos de mi Padre,
 y permanezco en su amor.
 Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros,
 y vuestro gozo sea colmado.
 Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros
 como yo os he amado.
 Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos.
 Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.
 No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo;
 a vosotros os he llamado amigos,
 porque todo lo que he oído a mi Padre
 os lo he dado a conocer.
 No me habéis elegido vosotros a mí,
 sino que yo os he elegido a vosotros,*

¹¹ Seguimos la traducción de la Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao 1980.

*y os he destinado para que vayáis y deis fruto,
y que vuestro fruto permanezca;
de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda.
Lo que os mando es que os améis los unos a los otros.”*

5.1. Un nuevo contexto

Este texto forma parte de los discursos de despedida de Jesús en la Última Cena. Si bien sabemos que este texto guarda una cronología redaccional muy posterior al capítulo precedente, el conectarlos literalmente nos puede dar una idea de la razón de ser de este discurso en boca de Jesús, quien usa la evocativa alegoría de la vid y los sarmientos. Los dichos de Jesús en el capítulo 14 seguramente habrán dejado a los discípulos con nuevas preguntas. Sobre todo, una frase que debía estar martillando en ellos: “*Ustedes en mí y yo en ustedes*”. Esta era la implicación de lo dicho en *Jn 14, 23*: “*El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él*”. Los discípulos están sorprendidos porque se trata de algo novedoso y al mismo tiempo grandioso. Ante este interrogante, Jesús responde con la alegoría de la vid y los sarmientos.

La vid forma parte de la vegetación típica de la tierra de Jesús. Después del diluvio, será la planta que signará una nueva era (cf. *Gn 9, 20*). Las uvas eran el fruto que habían traído a Moisés los exploradores de la tierra prometida (cf. *Nm 13, 23*). El Cantar de los Cantares la pone como la esposa (cf. *Ct 1, 14; 2, 15; 6, 11; 7, 9. 13; 8, 12*). Pero tiene un sentido muy profundo al representar metafóricamente la relación de Dios con el pueblo de Israel por medio de la Alianza:

*“Tú sacaste de Egipto una vid,
expulsaste a los paganos y la plantaste;
le preparaste el terreno,
echó raíces y llenó toda la región.
Las montañas se cubrieron con su sombra,
y los cedros más altos con sus ramas;
extendió sus sarmientos hasta el mar
y sus retoños hasta el Río” (Sal 80, 9-12).*

El pueblo de Israel es la viña de Dios y está llamado a dar frutos abundantes. Es la vid que Dios ha puesto en el mundo para que de ella, las demás naciones tomen vida. Los frutos que busca el Señor en esa vid son fidelidad y justicia. En el capítulo 5 del profeta Isaías encontramos también una preciosa descripción de la “viña del Señor de los ejércitos”, de cómo Dios le preparó el terreno, cómo la cuidó y cómo hizo todo lo que pudo para que diera los mejores frutos, pero cuando vino a buscar esos frutos no encontró sino agraces.

Cabe también, sin ánimo pretencioso, comparar a nuestra Orden de Agustinos Recoletos con esa vid. Somos una vid plantada por Dios para dar frutos; también para que nuestras ramas se extiendan y en ellas encuentren cobijo los más desamparados. Estamos llamados a dar esos mismos frutos que Dios exigía a Israel. Nuestra consagración religiosa es la alianza con el Dios vivo, que nos ha llamado a formar parte

de su vid, injertándonos en la muerte de su Hijo en la cruz. Hemos prometido dar frutos de fidelidad y justicia: fidelidad a su llamada y justicia en la vivencia de nuestra vocación, siendo consuelo y presencia suya entre aquellos que ya no tienen esperanza, entre los que menos cuentan.

5.2. “Yo soy la vid verdadera”

“El giro ‘yo soy’ (*egó eimi*) seguido de un predicado es la fórmula joánica de revelación que expresa, en una perspectiva cada vez distinta, lo que es Jesús respecto a los hombres en su misión salvífica”¹².

El significado que Juan le quiere dar a la palabra “vid” es distinto al que le dan los Sinópticos. Juan se refiere a la vid en un sentido único; es decir, es una sola y los sarmientos se enraízan en ella. En cambio, para los Sinópticos, el término “vid” siempre está en un sentido más plural, designando más que una sola planta, un viñedo.

Jesús se define como la Vid Verdadera. Es la única¹³. No hay otra que tenga en su poder dar frutos en abundancia. Los sarmientos se encuentran en ella bebiendo como de su fuente y, sólo desde allí, ellos pueden ser portadores de fruto. Jesús no está diciendo que el Israel bíblico sea una falsa vid, por contraposición. Lo que quiere decir es que Él es la verdadera vid, de la cual el pueblo de Abraham fue un símbolo, una imagen. Por tanto, Jesús es quien produce al final el fruto que Dios buscó a lo largo de la historia en su pueblo, y que no llegó a encontrar.

5.3. “Mi Padre es el viñador”

Una pequeñísima y simple anotación técnica. El término griego “*georgós*” describe la actividad de un jardinero. Sabemos de todo el cuidado, la concentración y el empeño con el que trabaja un jardinero. Pues así es la obra de Dios Padre: Él es el jardinero que se ocupa de su viña.

5.4. “Vosotros, los sarmientos”

Jesús compara a sus discípulos con los sarmientos o ramas de la vid, y enseguida explica que hay dos tipos de sarmientos: los que dan fruto y los que no dan fruto. Por lo tanto, los discípulos de Jesús pueden ser clasificados en dos tipos. La diferencia está en el producir o no producir fruto.

La base de nuestro proceso de revitalización es, ante todo, darnos cuenta de que somos sarmientos y que pertenecemos a una sola vid. Cristo es la Vid Verdadera en la cual nosotros, agustinos recoletos, estamos, y de la cual vivimos y nos nutrimos. Dentro de este contexto podemos hacer una traspolación: sin olvidar nuestro origen profundamente geocéntrico, cada uno de nosotros, miembros de la Orden, somos brotes de ese “sarmiento” que comenzó a crecer en 1588, cuando algunos hermanos,

¹² LEON DUFOUR, X. *Lectura del evangelio de San Juan*, Vol. III, pág. 131, Sígueme, Salamanca, 1995.

¹³ LEON DUFOUR, X. *op. cit.*, pág 132.

conscientes de que sólo se puede llegar a la perfección si estamos estrechamente unidos a Cristo, comenzaron a producir el fruto maduro de la Recolección Agustiniana.

Ver nuestra Orden como un sarmiento de esa Vid Verdadera que es Jesús, es vernos a nosotros mismos como un designio del amor de Dios. Debemos reconocer que en Jesús está nuestro origen porque Él es el origen de nuestra historia. Sin una vuelta a las raíces, sin una vuelta a Cristo, nunca podremos dar el fruto de la revitalización y de la reestructuración, porque no sabremos de dónde venimos.

5.5. La obra del Padre como viñador: la poda y la limpieza

Dos son las tareas que se mencionan con respecto al Padre. La primera obra de Dios Padre como viñador es podar, literalmente cortar parte de una rama que pueda dar fruto. Los sarmientos buenos se podan cada invierno para que den fruto; los malos o los que se han secado se cortan. Un texto joánico que puede servirnos de comentario a esta tarea del Padre lo encontramos en *1Jn 2, 19*: *“Ellos salieron de entre nosotros, sin embargo, no eran de los nuestros. Si lo hubieran sido, habrían permanecido con nosotros. Pero debía ponerse de manifiesto que no todos son de los nuestros”*. Este texto lo podríamos leer a la luz de las deserciones que eventualmente constatamos.

La segunda obra de Dios Padre es limpiar las ramas o sarmientos. Literalmente es quitar los brotes verdes, incluso algunas hojas, para que no chupen innecesariamente la sabia que necesitarán las uvas, ni les impidan luego recibir el calor del sol. Sabia y sol garantizan el sano desarrollo y la calidad de las uvas. Y esto, la limpieza, lo hace con su Santa Palabra.

Si se retiran bien los frutos, después se pueden recoger más y mejores. Quien sabe darse a los demás, le vienen más dones y tiene luego mucho más de lo que dio.

Lo propio del discípulo es estar siempre dando más y más fruto. Para ello, la Palabra de Dios va haciendo su trabajo interno: se va volviendo en savia de vida que fructifica en muchos signos de superación y crecimiento. Esta es la manera como el discípulo va poco a poco mejorando y pereciéndose más a Jesús.

En el proceso de revitalización y reestructuración un elemento que irremediamente debe aparecer es “la poda” y “la limpieza”, aunque no exenta de una concepción parcializada y de la que tenemos que estar prevenidos. “Podar” y “Limpiar” no debe circunscribirse a erradicar de nuestra vida como Orden aquellos ministerios en los que ya no somos significativos o que la falta de personal lleve a no poder atenderlos bien. Tampoco se trata de suprimir circunscripciones o de adosarlas a otras por el simple hecho de tener que “quitar”. Puede que la poda implique estas realidades que venimos describiendo. Pero el criterio de discernimiento deberá ser el trabajo interno que nosotros le permitamos hacer a la Palabra de Dios, para así dar más fruto y ser más fieles a lo que Dios espera de nosotros.

La poda y la limpieza, hecha por medio de la Palabra deben comenzar por aquellas cosas de nuestra vida consagrada que no nos dejan llegar a lo profundo del corazón de la Vid para nutrirnos de su vida. Para esto, el viñador debe ir viendo uno por uno los sarmientos. La relación personal con Dios es poda y limpieza si se hace de

forma simple y sin tapujos. Si es que verdaderamente ponemos nuestra vida delante de Dios en la oración, y nos dejamos interpelar por su Palabra, será su misma Palabra la que nos convenza de la necesidad y urgencia de la poda. Si no dejamos que Dios haga su obra en cada uno de nosotros, de manera personal y, por consecuencia, de manera comunitaria, la conclusión es que nuestra relación con Dios no es sincera. La tranquilidad de dejar que nuestros brotes se “envicien” con actitudes, criterios, valores o desvalores, personas, cosas y lugares, quita a nuestra vida la vitalidad que Dios nos da para fructificar y para que el fruto sea duradero.

La poda y la limpieza es una fuerte llamada de Dios a la santidad personal y comunitaria. Debemos dejar a Dios actuar, aunque sepamos que las podas son siempre dolorosas, con sinceridad y libre de ataduras, dejando de lado todos los condicionamientos y abriendo las puertas a una realidad nueva y distinta: la realidad de Dios. Él, como viñador, nos irá guiando y purificando para que de verdad podamos hacer realidad, en el día a día, la revitalización.

5.6. Los primeros grandes frutos

5.6.1. El primer gran fruto: la oración eficaz

En una vida comprometida de esta manera, sobre la base de la relación justa y amorosa con los demás, la oración se vuelve eficaz: *“Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y lo obtendrán”* (Jn 15, 7). En otras palabras, los esfuerzos que estamos esperando realizar (en nuestro caso la revitalización y la reestructuración) alcanzan sus logros. Y esto es porque nuestra vida está en sintonía con el querer de Dios. La eficacia de la oración está condicionada al plan de Dios. Y ese plan sólo se puede conocer si se está en comunión con Él. Esto significa vivir lo que Jesús nos ha prometido en su Buena Noticia y llevar a cabo su obra en el mundo.

Cuando en el texto Jesús dice “mis palabras” no utiliza el término “logos”, que indica la Biblia entera, sino que usa el término “rhema”, que indica las promesas específicas de Jesús. Esto es lo que precisamente hay que pedir. No olvidemos que la oración y la Palabra de Dios van juntas. La Palabra nos describe el amplio cuadro de la obra de Dios en el mundo, lo que Él hace para nuestra salvación, para nuestra plenitud como creaturas. Esto es lo que nos ofrece como promesas. La oración no es una manera de arrancarle a Dios lo que yo quiero que Él haga, sino pedir que haga lo que prometió hacer. Por eso hay que orar en sintonía con la Palabra. A veces puede tomar algo de tiempo, pero ciertamente lo hará.

En el contexto del discurso de despedida de Jesús, éste no habla de cualquier tipo de petición. Constantemente implora la fecundidad de la misión, que al fin y al cabo es la obra transformadora del mundo.

5.6.2. El segundo gran fruto: el glorificante testimonio

“La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den fruto abundante, y así sean mis discípulos” (Jn 15, 8). Podríamos decir que aquí está la síntesis de todas las enseñanzas. Se comenzó haciendo alusión al Padre como viñador y ahora se termina con la “gloria del Padre” en la plenitud de la vida. El Padre está en el origen y en el culmen de todo. Un discípulo le da “gloria” al Padre cuando su vida revela la verdadera realidad de Padre como generador de vida. La manera de evidenciarlo es la comunión con Jesús en la dinámica del discipulado y convirtiéndose en un valiente apóstol que esparce frutos de vida por doquier.

Los dos aspectos van juntos y configuran una vida de glorificante testimonio. Por el estilo de vida de los discípulos, por el gozo, el amor y la paz que irradian –dones pascuales de Jesús–, por su compromiso concreto a favor de la vida en el mundo, los discípulos atraen a mucha gente hacia esta novedosa experiencia de Dios¹⁴.

El Padre es glorificado en esta fecundidad misionera, que hace del mundo la viña que el Padre siempre quiso; es decir, Dios es reconocido y acogido por el mundo como Padre generador de Vida.

5.7. “Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes” (Jn 15, 4)

Del versículo 4 al versículo 8, el verbo “permanecer” aparece siete veces. El significado que le damos a esto es el de tener una adhesión fiel al Señor. Pero, a su vez, es también un permanecer de Dios en uno.

“Permanecer” es el núcleo de la obra del Padre en nosotros. Por tanto, implica una fidelidad que debe ir más allá del transcurrir del tiempo. Permanecer no tiene que ver con lo estático, con no cambiar ni innovar absolutamente nada. El sentido de la permanencia es el fruto que hay que producir, es la condición para que el fruto sea bueno y duradero. Este permanecer recíprocamente, de Dios en nosotros y de nosotros en Él, tiene como modelo la mutua relación entre el Padre y el Hijo.

“Por otra parte, como el amor requiere la existencia de dos, nunca se da una fusión ni confusión entre Dios y el hombre. Por eso, la revelación sobre la Vid va acompañada de una exigencia radical: convertido, gracias a la Palabra, en un sarmiento de la vid única, el discípulo sólo sigue siendo discípulo por la fidelidad, que ha de comenzar siempre de nuevo. Al depender de Otro, su vida nueva exige de él un consentimiento que es personalmente suyo y que nunca se acaba”¹⁵.

Permanecer es dejarse renovar por la vida nueva que Jesús trae. Permanecer en su Palabra es tener palabras nuevas para todos los días, dar ánimo al que ya no tiene consuelo. Es reconocer a Quién pertenecemos y sentirnos llamados a reconstruirnos, a

¹⁴ Cf. XII^o ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS SOBRE LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA Y LA MISIÓN DE LA IGLESIA, *Instrumentum Laboris* n. 52: “La lectura orante de la Palabra, hecha junto con jóvenes, es el camino para un renovado crecimiento vocacional y para un fecundo retorno al Evangelio y al espíritu de los fundadores”.

¹⁵ LEON DUFOUR, X., *op. cit.*, pág. 138.

reedificarnos, a reestructurarnos. Permanecer es sentirnos partícipes de un futuro construido desde nuestra historia.

5.7.1 “Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor” (Jn 15, 9)

El “permanecer” tiene como fundamento y respuesta el amor. El amor recibido es el que nos hace capaz de amar. Cuando Jesús dice esto se está refiriendo a tres cosas:

- El origen del amor: hay un río de amor divino que viene del corazón del Padre, que desciende a través del Hijo y que llega a los discípulos. Todo amor auténtico viene de Dios.
- El modelo del amor: el amor del Padre por el Hijo es fuente y modelo del amor de Jesús por sus discípulos.
- La intensidad del amor: el “como” con el cual Jesús empieza su frase, implica también que el amor entrañable del Padre y el Hijo, que es el más estrecho posible, que es perfecto y que viene de la eternidad (Cf. Jn 1, 1. 18), es el amor que Jesús ofrece a su discípulo.

El amor pide reciprocidad. Por eso la frase “*Permanezcan en mi amor*” es una invitación a responder con amor.

El discípulo debe tomar tres decisiones con respecto a Jesús:

1. Dejarse amar: Permanecer en su amor es insertarse en Él; es entrar en una estrecha comunión de vida con Él, acogiendo todos los signos de su amor; es decir, dejarse amar tal como Él ha querido hacerlo con nosotros. La relación con Jesús no puede ser abstracta. Supone la toma de conciencia de las formas concretas cómo nos ha amado Él y nos sigue amando.
2. Actuar según el querer de Dios: Permanecer en su amor es querer lo que Él quiere. Al amor primero se le responde con “obediencia”. “Obedecer” es saber responder. Eso significa que se ha captado el mensaje del amor y se entra en una increíble sintonía de acción. Por eso, la respuesta del amor es “guardar sus mandamientos”.
3. Ser como Jesús: Permanecer en su amor es darle solidez a todas nuestras relaciones, dándoles la fuerza interna del amor del Hijo que permaneció en el amor del Padre, por la vía concreta de “guardar sus mandamientos”. A Jesús se le ama encarnando la manera como Él acostumbraba a responderle al Padre: con su praxis del Reino.

Estas tres decisiones del discípulo frente al amor recibido, no son momentos puntuales sino acciones constantes.

En relación a este tema encontramos dos problemas en nuestra vida religiosa: la inconstancia en el amor y la primacía del sentimiento sobre el compromiso. Cuando se va enfriando nuestra relación con Dios y ya no nos ocupamos de todo aquello que nos

pueda encender más en el amor de Jesús ¹⁶, se pierde el amor fundante, el amor del principio (cf. *Ap* 2, 4), y nuestra relación con Dios se vuelve frágil, y el vínculo que nos une a Él –nuestra consagración religiosa– corre el riesgo de diluirse. Entonces prima el sentimiento sobre el compromiso, y el deseo de seguir siendo sarmiento unido a la vid se desvanece.

El resultado del amor es la plenitud de la alegría (cf. *Jn* 15, 11). La alegría de Jesús es compartida con el discípulo y, entonces, la alegría del discípulo comienza a crecer. La alegría proviene de la certeza de ser plenamente amados y del abandono de nuestra vida en los brazos de Dios. Brota, así, un gran sentido de confianza, de plenitud, de fortaleza interior. Esta alegría genera creatividad y valentía para realizar nuevos proyectos. Se es capaz de someterse a nuevas “podas” porque nos sabemos amados por Dios y nos sentimos impulsados a amar. Se desvanecen los temores y la vida se llena de sentido en el gastarse por los demás.

5.8. “No hay amor más grande que dar la vida por los amigos” (*Jn* 15, 13)

“El Espíritu Santo, que penetra hasta las profundidades de Dios, introduce por el amor fraterno a la comunidad en el conocimiento y en la verdad de Cristo, que se desarrollan hasta la contemplación del Padre. De ahí que la búsqueda y contemplación pasan por la experiencia y adoración de Dios en los hermanos. Dios, Verdad suprema, se revela especialmente en el ejercicio del amor fraterno: «Ama al hermano. Porque si amas al hermano a quien ves, en él mismo verás también a Dios; ya que verás al mismo amor, y dentro del amor habita Dios»¹⁷.

El amor de Jesús se convierte en el modelo y modo de comprender nuestras relaciones con los demás. Para Jesús no hay ambigüedades. El corazón del mandamiento del amor es el “Como yo los he amado”. El comportamiento de Jesús con los discípulos define la sustancia del amor verdadero.

¿Cómo es este amor de Jesús por sus discípulos? Dio su vida por ellos; los hizo amigos y no simplemente servidores; los llevó hasta la intimidad con Él, revelándoles sus secretos; los eligió, los separó; los destinó para la misión y les aseguró el firme respaldo del Padre en la misión.

Todas estas acciones tiene como finalidad la formación de la comunidad. Por eso, podemos leer, entonces que hay como dos comunidades: hacia adentro, una comunidad de amigos; hacia fuera, una comunidad de enviados.

5.8.1. Una comunidad de “amigos” de Jesús

El amor de Jesús construye una comunidad de “amigos”. Es Él quien toma la iniciativa, pero la amistad es de a dos, por eso, espera una respuesta concreta. Los conduce por dos niveles de relación: la de “servidor” y la de “amigo”. Esa amistad se

¹⁶ Cf. *Constituciones OAR* 11; *FV* 1, 1.

¹⁷ *Constituciones OAR* 14

concreta en el querer juntos lo mismo, y para ello pasan por dos etapas: la del “conocer” y la de “hacer”.

5.8.2. Una comunidad de “enviados” de Jesús

El amigo involucra a otro en su vida. Jesús nos involucra tanto en su vida como en su misión. Y la finalidad es bien clara: *“Los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero”* (Jn 15, 16b).

Cuando la comunidad está bien cimentada en el amor y en el proyecto de Jesús, ella tiene fuerza misionera, profética, y transforma el mundo. La Iglesia, nuestra Orden, está en el mundo para “sacar fuera” frutos de la vida del Resucitado que camina en la historia. Debemos sentirnos, entonces, comunidad elegida, enviada y respaldada.

Hoy la Palabra de Dios nos está exigiendo ser comunidad profética. Ese es el fruto que Dios nos está pidiendo a través de la revitalización y la reestructuración. Ser signo de una profecía que no sólo denuncie sino que anuncie en clave de esperanza.

*“La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado. El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del Evangelio para la construcción del Reino de Dios”*¹⁸.

6. Conclusión

Tomar conciencia de que algo nuevo está brotando entre nosotros (cf. Is 43, 19) es percibir el soplo del Espíritu. Aquel mismo soplo que inspiró las Escrituras Santas y que hoy nos mueve a revitalizarnos y reestructurarnos, hundiendo nuestras raíces en las fuentes del Evangelio.

Será ese soplo del Espíritu el que nos vaya guiando en este camino. Será el soplo del Espíritu el que revitalice nuestro carisma y misión, ya que fue Él quien lo inspiró y lo regaló a su Iglesia.

La búsqueda y el discernimiento no se hacen en abstracto. Atravesamos momentos sociopolíticos, culturales, religiosos, eclesiales y de la vida consagrada que nos interpelan fuertemente. Por otro lado, cada uno siente dentro de sí los límites de la propia vida (edad, preparación, aspiraciones, cansancio, apatía, etc.). Todo esto nos exige ponernos en las manos de Dios tal como somos, con nuestras cualidades y

¹⁸ JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica postsinodal “Vita Consecrata” sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo* n. 84, Vaticano, 25 de marzo de 1996, AAS 88(1996) 461-462.

defectos, y pedirle misericordia al Señor para saber estar vigilantes, tener autodominio, ser flexibles y tolerantes y, en definitiva, estar dispuestos al cambio. Cuando se ora sabiendo que Dios nos ama aseguramos la paz interior y recuperamos la esperanza.

No es posible secundar las opciones de vida y misión si cada uno no interioriza la experiencia de gracia que supuso la llamada; si no se cuida con esmero la vida espiritual; y si no se compromete en la vida comunitaria con sincera disponibilidad para dar respuesta a lo más urgente y eficaz. El proceso de renovación supone, como propia fuente, la novedad del Espíritu de Cristo.

Hablar hoy día de renovación es hablar de vivir en profundidad la propia espiritualidad, pues nuestra mayor crisis no es de finalidad, sino de fundamento, que es crisis de intimidad, de religación, de experiencia mística¹⁹.

No basta renovar -acción transitiva-, sino renovarse -acción reflexiva-, que implica cambio de dirección, de mentalidad y de actitudes. Con demasiada frecuencia se ha apoderado de nosotros la obsesión de la simple adaptación, de estar al día, sin llegar a lo más urgente e imprescindible que es la conversión en docilidad al Espíritu. Tenemos que enfrentarnos a la situación de las personas y comunidades, y preguntarnos honestamente: ¿qué es lo que, de verdad, hace avanzar la vida consagrada? Hay mucha fuga hacia delante. Nos puede la ansiedad. Ante cuantos se muestran inquietos por el futuro, ante quienes manifiestan desasosiego por el presente, ante quienes buscan riesgo, aventura, sorpresa, no hay otra alternativa que volver una y otra vez centrar la vida en la espiritualidad que nos es propia a la luz de la Palabra de Dios.

7. Para la reflexión personal y comunitaria

- A la luz de la Palabra de Dios, ¿qué nos pide hoy el Señor a los agustinos recoletos?
- ¿Que tendríamos que hacer y cómo tendríamos que organizarnos para que nuestra vida comunitaria y nuestra misión estén más centradas en la Palabra?
- ¿Qué podemos hacer para revitalizar la Orden? ¿Quién tiene que hacerlo?
- ¿Que propuestas carismáticas ofrecemos al pueblo de Dios?
- ¿Qué fortalezas y qué deficiencias destacarías en tu provincia, en tu vicaría o delegación, y en tu comunidad?
- ¿Cómo se podría organizar un plan de revitalización para toda la Orden?
- ¿Qué Orden soñamos y deseamos, y qué estamos dispuestos a ofrecer y a cambiar en nuestra vida personal y comunitaria?

¹⁹ Cf. BOCOS MERINO, A., *Convocados para cantar un cántico nuevo*, Roma, 2007.